



EL PAIS VASCO-NAVARRO

JAUNGOICOA ETA FUEROAG.

AÑO II.—ÉPOCA 2.ª

26 DE FEBRERO DE 1871.

NUM. 20.

EL MANIFIESTO DEL GOBIERNO.

El manifiesto que el gobierno acaba de dar á la nacion se presta á graves y profundas consideraciones. Los que se satisfacen con palabras y viven de protestas, los que solo atienden la eufonía de las frases, sin fijarse en el sentido de los conceptos, los que se alimentan de engañosas ilusiones, y no de realidades positivas, podrán recrearse en la lectura de un manifiesto que abunda en palabras y en protestas, que es profuso en frases eufónicas, y que á los espíritus frívolos é inconscientes podrá inspirar falaces esperanzas.

Mas, por fortuna, las ilusiones que allá en los primeros albores de la revolucion concibieran los optimistas se han desvanecido, las esperanzas se han defraudado, la verdad se ha visto en toda su grandeza, y por más que sea una verdad triste y funesta, la verdad alecciona, la verdad vivifica, la verdad es la que hace previsores á los hombres más incautos. Por eso decimos que, afortunadamente, se han dissipado muchas ilusiones.

Y cuando las ilusiones se disipan, nada hay que más perjudique al que

hace nuevas promesas y protestas que el desengaño práctico, el desengaño real, el desengaño universal de promesas no cumplidas y de protestas estériles. Por eso el manifiesto del gobierno no puede, no debe satisfacer al país, porque el país está aleccionado, porque el país ha aprendido, porque el país sabe llamar las cosas por sus nombres y apreciar á los hombres por sus hechos.

No vamos á detenernos en un análisis minucioso de todos los extremos que abraza el documento que examinamos, porque tal empresa traspasaría los límites naturales de un artículo periodístico; pero para exhibir ante la opinion pública los defectos de que adolece y las contradicciones en que abunda, basta fijar la atencion en algunos de sus puntos más culminantes.

Dice el manifiesto: «Atacar la legalidad existente no es oponerse á la obra de unos cuantos hombres, sino intentar que resulte estéril un esfuerzo supremo de la nacion entera.» Prescindamos completamente de todo comentario respecto á la significacion de la legalidad existente, y admitámosla como criterio para juzgar con plena imparcialidad, y hasta con parcial be-

nevolencia, al gobierno que habla á la nacion. Nosotros, los que respetamos las leyes y rendimos religioso culto al principio de autoridad, pero que jamás lo tributamos al azaroso éxito, no podemos menos de discutir con criterio independiente, exento de pasiones y ganoso de verdad.

Pues bien; inspirándonos en ese criterio, ¿podremos pasar desapercibida la aseveracion del gobierno al censurar todo ataque á la legalidad existente? ¿Ha interpretado genuinamente el gobierno que habla los artículos de la Constitucion vigente?

¿Se han ajustado á la ley fundamental los procedimientos seguidos contra los escritores públicos?

¿Se han respetado cumplidamente las garantías de la personalidad humana?

¿Se han observado los preceptos constitucionales respecto al bien precioso de la inviolabilidad de la vida, no imponiendo penas sino en virtud de sentencia de tribunal competente?

¿Ha sido un hecho práctico la inamovilidad judicial?

¿Se ha ajustado á la Constitucion el estado de guerra del país vasco-navarro?



No, no habeis sido vosotros, hombres del gobierno, los celosos guardadores de la ley fundamental; no habeis sido vosotros los que ante todo y sobre todo habeis salvado la pureza de la Constitucion; no habeis sido los que con vuestra conducta inspirásteis confianza profunda á todos los partidos; no sois, pues, vosotros los que podeis invocar el respeto á la legalidad existente.

Nosotros, los hombres de ley y defensores ardientes del principio autoritario, combatiremos dentro de la legalidad los principios y las doctrinas de determinados artículos constitucionales; pero queremos que la ley se cumpla, queremos que la ley se acate, queremos que la ley se convierta en hechos, porque la ley es nuestra garantía, nuestro amparo, nuestra salvación.

La igualdad de la ley es un principio sagrado é inviolable, y para que sea igual, es preciso que se aplique del mismo modo para todos, sin distincion de matices, sin odiosas prevenciones, sin interpretaciones violentas, sin preferencias ni arbitrariedades. Y, ¿es igual la ley para todos cuando se hacen las elecciones de mandatarios del pueblo bajo la presión del estado de guerra? Contesten por nosotros los hombres que en la oposicion censuraban acerbamente los estados de guerra, y que en el gobierno han mantenido en tan absurda situacion cuatro provincias españolas, permitiendo que en una de ellas se verificasen las elecciones de diputados provinciales.

No, no es el gobierno el que puede hablar con mejor título sobre el respeto á la legalidad existente; es el pueblo, el pueblo español el que le pide respeto á la Constitucion, porque solo con el escudo de la Constitucion pueden defenderse los derechos más sagrados; no ya los intitulados pomposamente derechos individuales, sino los *inviolables*, los derechos naturales, esos derechos sagrados y dogmáticos.

Los gobiernos disponen siempre de recursos para hacer cumplir las leyes; pero los pueblos no pueden siempre ejercitar ámpliamente sus legítimos derechos, porque si la fuerza del poder no es fuerza protectora de justicia y de intereses legítimos, sino de ambiciones bastardas y de intereses men-

guados, los verdaderos derechos del ciudadano fluctuarán á merced de la tiranía, la legalidad será una palabra vana y la opresion y la anarquía dos terribles hechos prácticos.

JUAN CANCIO MENA.

Un recién nacido de ciento setenta años.

(HISTORIA INCREIBLE.)

(Conclusion.)

La ciudad entera se alarmó cuando se supo que iba á tomar esposa un hombre de ciento seis años. Me acosaron, me sitiaron, me dibujaron y mi casa se convirtió en una Babilonia. Los que me veían lo negaban; pero al mirar mis documentos y las pruebas fehacientes de mi identidad, abrian los ojos y la boca llenos de admiracion.

—Tu locura puede costarnos cara, me dijo el curandero un dia de aquellos; ahora que me disponia á que me operaras, has divulgado por todo el pueblo la noticia de tu edad; toda la Francia lo sabe á estas horas; me tienes sumamente disgustado y estoy dispuesto á abandonarte y morirme de pena si no me escuchas.

El pobre viejo se puso á llorar y continuó:

—¿Quieres oirme!

—Sí; soy todo tuyo.

—Pues bien; abandona á Mad. Basurt, deja ese amor y huyamos; huyamos de aquí.

—¿A dónde?

—A América; en cuanto lleguemos me operas, y en aquella tierra hermosa y virgen viviremos tanto como el rio Marañon.

Despedíme todo lo ardientemente posible de mi acongojada madama, y casi en secreto partimos en un buque inglés, de vela, que hacia rumbo para Veracruz.

Mientras los marineros aullaban en su lengua, nosotros, tendidos en el camarote oscuro, charlábamos, siempre ocupados en el mismo tema.

—Lo que no me explico es esa regeneracion completa que encontré en tí, decia el curandero; era natural que tus facciones de viejo se conservaran, que tu pelo continuara blanco, que tus ojos vieran lo mismo, que tu estómago no aumentara en actividad; porque por mucho que haga tu nueva sangre, podrá ir sosteniendo indefinidamente tu estado actual y envejeciéndote insensiblemente siempre; pero ¿si sucede todo lo contrario! ¿Si cada dia que pasa me pareces más jóven, más robusto, más lleno de vida!

—A mí lo que me tiene con cuidado es esta revolucion rara que siento en el pecho, contesté.

—No creas que la echo yo en olvido; muchas noches cuando estoy cavilando, casi casi me vuelvo loco.

Y por variar, empezaba otra vez á hablar-

me de su aparato, de su plan, de sus esperanzas y de su gloria.

Una tarde, mientras estaba yo echando la siesta tendido en mi angosto lecho, vino á mí con los ojos desencajados, sacudiéndome fuertemente; me hizo levantar, me llevó sobre cubierta á uno de los costados, y cogiéndome del cuello, empezó á examinar la cicatriz que conservaba en él desde la noche de mis ochenta y cinco.

Al cabo de un rato, se dejó caer anonadado en mis brazos, y enjugándose una lágrima me dijo:

—¡Buena la hemos hecho!

—¿Por qué?

—¡Maldito sagardua!

—¿Por qué?

—¡Horror! ¡horror! ¡horror! ¡y cien veces horror! ¡eres muy desgraciado, amigo mio!

—Pero ¿qué es ello? espícate.

—Ven, ven.

Y cogiéndome con su mano convulsa, volvimos á bajar al camarote.

—Al fin he dado con la explicacion de tu dolor, de tu regeneracion y de tu estado; ¡horror! ¡cuando en aquella noche famosa te inyecté con mi aparato maravilloso, la sangre de mi hijo estaba un poco así... un poco....

—¿Mirlis, eh?

—¡Pues! mirlis; ¡maldito sagardua! tú estabas casi vacío, tus venas y tus arterias estaban casi plegadas como un paraguas mojado, é iban á recibir el torrente restaurador; ¡maldita cena! yo herí á mi hijo con el aparato en una arteria y... á tí te abrí una vena; ¡miserable de mí! por tus venas corre sangre arterial y por las arterias sangre venosa. ¿Qué hacer sino regenerarte? ¿qué hacer sino dolerte el pecho? Yo voy para viejo y tú vas para jóven; tu economía se va contrayendo al revés; toda la humanidad marcha hácia el dia del Juicio, tú vas al revés, hácia el sétimo dia de la Creacion; ajustemos la cuenta....

Y se puso á contar con los dedos.

—Estábamos en un error; tú tienes sesenta y cuatro nada más; eres doce años más jóven que yo; ¡maldito sagardua! ¡horror! Tú cuando aspiras inspiras y cuando inspiras aspiras; tu corazón late al revés; ¡Jesus, Jesus, yo me vuelvo loco! perdóname.

—¡Pero hombre! ¿eso qué importa? yo me siento bien; ¿qué puede sucederme?

—¡Infeliz! ¡qué ha de sucederte! que cumplirás sesenta años, y luego cincuenta, y cuarenta, y....

—¿Y no se puede corregir eso?

—Imposible; tú eres un caso que nadie ha estudiado y que casi casi yo no entiendo; para tí no hay práctica; la ciencia para tí es una paradoja, un absurdo, ó, mejor dicho, tú eres un imposible para la ciencia; ¡perdóname!

—De manera que....

—Eres un caso malogrado; tú me operarás; pero sin beber sagardua, ni vino, ni nada, despues de dos dias de ayuno; y despues veremos si observándote bien, puedo

curarte; pero ¡quía! ¡imposible! ¡imposible!

—¿Y qué hacemos?

—¿Qué hemos de hacer!.... llorar.

Y Juan Manuel se puso á soltar lágrimas como puños, y yo creí de mi deber llorar también, y lloré.

Una noche, antes de llegar á Veracruz, una borrasca deshecha hizo pedazos nuestro buque. El curandero, abrazado al cajon que contenia su aparato, se ató á un madero que yo pude coger, y por espacio de dos horas fuimos llevados de aquí para allá sirviendo de juguete á las ondas.

—¡No puedo más! exclamaba el viejo, ¡no puedo más!

—Animo, le gritaba yo, no te mueras ahora que estás á punto de pasar el umbral de la nueva vida; ánimo, mañana llegaremos á la playa, y pasado mañana serás inmortal.

—¡Imposible! toma, sé feliz, me dijo alargándome con una mano la caja.

—Animo, que aun no es hora, le dije yo casi al mismo tiempo en que un golpe de agua nos sepultaba en los abismos.

Cuando volví á flotar agarrado al madero, Juan Manuel y la caja habian desaparecido para siempre.

Una lancha de Veracruz nos fué recogiendo á todos los naufragos.

Al dia siguiente me hallaba sentado en una taberna de la ciudad con mi pipa entre los colmillos y con la cabeza sostenida entre las manos, discurrendo tristemente:

—¡Ciento seis! digo, no, sesenta y cuatro años y cada vez más jóven; Juan Manuel y su secreto en el fondo del mar; solo en esta tierra desconocida; es decir, solo no, porque aun tengo mi cinto lleno de onzas ceñido al cuerpo. ¡Si me volveré loco! El curandero tenia razon; yo voy al revés de todos los hombres; mi imaginacion y mi modo de pensar debe ir tambien al revés: consultaré á un médico, pero no me creará; se reirán de mí: ¿volveré á mi caserío querido? Imposible, me tomarian por un alma en pena.

Así estuve luchando largo rato conmigo mismo hasta que, muerto de sueño, cai dormido sobre el mantel manchado de vino y lleno de migajas que tenia delante. Algunos dias despues me ajusté con una caravana de arrieros y partí para Méjico.

¿A qué? A nada, á vivir pensando en mi triste fortuna. ¿Cuántas veces, al atravesar al anocheecer aquellas hermosas y fértiles cañadas llenas de vida y vejetacion, mientras mis compañeros de viaje cantaban al compás de las campanillas de la recua, miraba yo tristemente al sol que se ponía, y enjugando una ardiente lágrima que corría por mis megillas, pensaba:

—¡Ah, el sol! mañana cuando vuelva á salir seré un dia más jóven; mañana será para mí ayer, y el año que viene, el año pasado.

En Méjico compré una hacienda y dos criados y viví quince años entretenido en la lectura y en la contemplacion. Jamás trabajé nada; ¿para qué habia de trabajar? Yo oia decir siempre á mis vecinos: «Cuan-

do llegue á viejo habré reunido este capitulo que hoy hago con mi trabajo, y lo pasaré bien;» y yo en cambio decia para mí: «Cuando yo llegue á jóven no faltará un ciego á quien servir de lazarillo ó alguna buena mujer que me dé de mamar.»

A mis cuarenta y nueve años mi transformacion era completa. Una hermosa barba negra me caía hasta el pecho; mis ojos, llenos de animacion y de color, brillaban; tenia la musculatura llena de agilidad, y mientras mis criados indios se iban envejeciendo, habia ido yo perdiendo mi antigua joroba naciente de anciano y mi arrugado conjunto.

—Amo español se tiñe el pelo y se plancha la cara, decia un criado mio que me conoció á los sesenta años.

—El señor vizcaino parece que está cada dia más jóven y más guapo, decian mis vecinas del barrio.

Habia entre ellas una morena de treinta años que me tenia muerto con sus encantos. Andábamos haciéndonos regalitos muy á menudo, y sin sentir descubri que nos teniamos amor. Pensé en casarme; y ¡triste de mí! me eché á discurrir como siempre.

—De aquí á poco tiempo tendré yo su edad y ella la mia y poco despues mis hijos serán más viejos que yo. ¡Si ella supiera que tengo ciento ventin años! No me caso; mi tormento es insufrible, y es preciso que termine.

Las tribus indias del rio Guirrimani se habian sublevado, y el virey iba á mandar una expedicion contra ellas.

Era en 1821. Decidido á hacerme matar partí.

Las balas y las lanzas, los lazos y los puñales me respetaron.

Terminada la insurreccion, hice amistad con los indios y me quedé de cazador en las selvas con otros cuantos compañeros. Aquellas pobres gentes me tenian por un sábio; mi larga esperiencia, mis aventuras, y sobre todo mis muchos años, que yo confesé sin explicarles el secreto de mi vida, les tenia casi, casi maravillados; pero me miraban con desconfianza, porque no acertaban á esplicar cómo sabia tanto, cómo daba fieles noticias de todo, cómo contaba ya siglo y medio casi y cómo mi cara apenas indicaba medio siglo. Bien pronto me llamaron en la tribu

—Yhoquer-oytto: es decir, el gran mentiroso.

Veinte años permanecí entre ellos.

La estraña mezcla de las emociones de aquella vida semi-salvaje y de mis continuas abstracciones contemplativas acerca de mi estado fisiológico habian variado completamente mi carácter. Conforme me iba haciendo jóven, se agriaba mi génio; estaba sin cesar impaciente, y á juzgar por el estado de mi pulso, vivia en perpétua calentura.

Habia reunido medio millon de duros y los miraba con la misma indiferencia que si fueran una fanega de castañas.

Determiné ir á los Estados-Unidos, á

Nueva-York, para presentarme á un médico, explicarle todo lo que yo recordaba acerca del aparato de Juan Manuel y someterme á una nueva inyeccion *bien hecha* en cuanto diéramos con el secreto.

Me despedí de mis queridos colegas, que me llenaron de regalos, dádivas y buenos deseos, dejé los hermosos horizontes del Késuho, atravesé á Arkansas, Kentucki, Ohio y la Pensilvania, y el dia 5 de junio de 1841 entré en mi lujosa habitacion Newhaven street hill, seccion 8.ª, calle 18.

Tenia entonces, contando hácia el juicio final, ciento cuarenta y un años, y contando hácia el sétimo dia del Paraiso, veintinueve. Habia enflaquecido; mis vestidos me venian anchos.

Me presentaron al doctor Clerk-Maxwell, quien al saber el objeto de mi consulta, puso la cara más difícil que puede poner un inglés feo cuando le pegan un puntapié.

Examinó todo mi cuerpo, mis papeles, mis recuerdos de tantas edades, me palpó la cicatriz de la noche de marras, me hizo que le dibujara una semejanza del aparato del curandero, y se me quedó mirando estupefacto por espacio de un cuarto de hora. Despues se encogió de hombros, sacó la lengua apretando los labios, y me dijo:

—Vuelva Vd. mañana.

Volví, y hallé en su gabinete otros dos graves doctores, que en cuanto entré me dirigieron sus lentes dorados.

Espliqué de nuevo mi historia, mientras uno de ellos tomaba notas, y cuando terminé se miraron unos á otros, abriendo descomunamente los ojos. Uno de ellos me puso un aparatito sobre el pecho, y en la jerga inglesa, que yo no entendia; hablaron como energúmenos largo rato. El dibujo del aparato de Juan Manuel era el objeto predilecto de sus miradas. El honorable Clerk-Maxwell me rogó que me quedara en su casa para empezar á hacer los esperimentos.

Duraron estos quince ó veinte dias, durante los cuales me alimentaba, ya con agua solo, ya con manteca y pechugas de pichon, ya con sopas, féculas y grandes trozos de carne asada que me hacian tragar casi á la fuerza. Practicó en mis brazos tres grandes sangrias, y sometió la sangre á un sin número de pruebas. Cada dia venian á verme cinco ó seis doctores nuevos. Clerk tenia en su casa una especie de anfiteatro, á donde me llevó al cabo de los veinte dias, y en él encontré reunido una especie de congreso médico, que presidia un *mister* viejo y respetable.

Me senté como un reo en una vista pública, y Clerk leyó un informe declarando que realmente mi existencia era un misterio y que debiera someterse á una observacion de cuatro ó seis años. Un murmullo científico acogió sus últimas palabras. Despues se levantó el venerable sir Brown-Seduard y leyó otro contra-informe, sosteniendo que yo estaba loco de una demencia no observada todavia, y que mis noticias y mis aspiraciones eran producto de una imaginacion enredada y fatal.

Protestaron varios de los oyentes: apoyó el presidente el dictámen de Brown-Seward, y despues de una algarabía infernal, púsose el punto á votacion y fué declarado loco rematado, y conmigo el doctor Clerk, por ocho votos contra cinco, en esta forma: Dijeron que sí: C. Klein, Ross, Nilewer, Prestwichs, Shan, Thomson, Brown y Cottars. Dijeron que no: Clark Maxwell, Fihist, Whillians, Fegel y Tioppe.

Y se abstuvieron de votar: Greffield, N. Feltz y Thurgot.

Cuando fuí á despedirme del doctor, me presentó la cuenta; sus esperiencias, tratamiento, alimentacion y dictámen estaban valuados en ocho mil dollars, y los trabajos de sus colegas ascendian á treinta mil. ¡Me habia descuidado en decir que era millonario!

Le pagué religiosamente, y me embarqué para España convencido de que el pobre Juan Manuel sabia más que todos ellos juntos.

Cuando puse el pie en el puerto de C..., me rodearon dos polizontes y me condujeron á la cárcel.

¿Por qué?

Un compañero de viaje me habia delatado diciendo que era un gran ladron que me venia á España con los fondos de una sociedad americana. Protesté ante el tribunal; di pruebas de mi inocencia; pero como no tenia testigos y tenia en cambio mucho dinero; como mis envidiosos crecieron de repente, se prolongó la causa y continué sepultado en un calabozo.

Contáronse de mi cien aventuras y mentiras, y hasta los ciegos cantaron en las coplas la inventada procedencia de los millones que me encontraron.

El carcelero me miraba siempre de reojo, y al fin concluyó por entrarme y sacarme la comida por un agujero que tenia el borde de la puerta.

Allí estuve diez años; yo no sé á quién se le ocurrió mandar visitar las cárceles, y cuando llegaron á la mia el carcelero dió un grito de asombro. El habia encerrado un hombre de treinta años, alto, con toda la barba y colorado, y se encontró con un jóven de veinte, sin un pelo en la cara y envuelto en los harapos de su antiguo traje, que le venia demasiado holgado.

Lleváronme de nuevo á declarar, y todos quedaron convencidos de que yo no era yo, y de que el preso de los millones se habia escapado sin saber cómo, dejándome á mi en su lugar. El carcelero fué declarado cómplice y encerrado, y yo al cabo de tres meses puesto en libertad.

—¿Qué cosa más atroz! ¡qué hombres tan pícaros hay en el mundo! decian las viejas en las plazuelas; escaparse teniendo tantos grillos y dejar á ese pobre jóven en su lugar! Mandáronse á todas partes requisitorias para buscar á aquel yo que habia desaparecido, y no le hallaron.

¿Qué le habian de hallar!

A pie y casi de limosna vine á mi tierra. Pregunté por los que habian de ser mis

nietos y me enseñaron sus hijos, ya casados; pero como oculté mi nombre, no sospecharon quién era, ni pudieron sospecharlo jamás. Recorrí mi casa y mis huertas y besé cien veces aquellas piedras que hacia un siglo fueron testigos de mis alegrías.

No me atreví á declarar una palabra, y como avergonzado huí volviéndome á Madrid, donde doce años fuí criado, fosforero, limpiabotas y no sé cuántas cosas más. En ese tiempo me ocupé en escribir estas verídicas y extraordinarias Memorias.

Mi inteligencia se conservó y se conserva cada dia más clara; ella y mi afición á fumar han perseverado toda mi vida.

En 1863 tenia yo siete años, ó sean ciento sesenta y tres; me habia reducido á la mitad de mi altura total; hermosos cabellos rubios doraban mi frente, y el poder de mi entendimiento estaba como aniquilado con mis fuerzas y mis tendencias de niño. Andando, andando, y en medio de mil peripecias, volví á Vizcaya: nadie quedaba casi de los que yo dejé.

Dije que era huérfano y pobre, y me recogieron en un caserío, de donde á menudo me escapó á lo más intrincado del monte para practicar mis dos grandes goces:

—Concluir estas Memorias y fumar.

(Aquí estaba emborronado el manuscrito, y más adelante decia): 1867. Apenas puedo ya sostener la pluma; mis caritativos amos creen que estoy enfermo al verme tan raquítico, y me tienen siempre en la cama; pero yo me escaparé cuando pueda.

Si me hallan muerto, que me lleven á la casa de Gusurandi los que lean esto, porque antes de ser enterrado quiero pasar por el umbral de la casa donde nací.

JOSÉ ANTON.»

—¡Ene, ene! ¡Santa Bárbara bendita! ¡Jesus! exclamaron al oír lo que acabé de leer y al ver que el ama de la casa caía desmayada en brazos de su marido.

—¿Satanás era esa criatura? ¡oh! me dijo Gusurandi mirándome asustado.

—No, señor, exclamé yo levantándome también, era su bisabuelo de Vd., y al cual su esposa le ha dado de mamar.

Las viejas se santiguaron y echaron á correr.

Gusurandi me consultó qué era lo que habiamos de hacer.

—Callar, y no contárselo á nadie, y tranquilizar á esa pobre señora, y dar todo al olvido.

Al dia siguiente me despedí de ellos.

Todas las viejas habian soñado aquella noche que Juan Manuel el curandero, completamente borracho, les habia aplicado su aparato á la garganta.

Me llevé los papeles y prometí á mis buenos amigos de Gusurandi no darlos á conocer jamás.

¿Por qué los he publicado? La literatura de las maravillas y de los cuentos estupendos está de moda: de Alemania y de Francia nos envian folletines archicélebres

que ponen los pelos de punta y que prueban que por allí se pasa el tiempo y se entretiene la imaginacion con manjares fuertes, y yo, que tenia en mi poder este legajo de incomparable historia, no he vacilado en cambiarle los nombres de los caseríos y de sus dueños y darle á luz por seguir la moda.

Nuestra tierra vascongada tiene, como la del Rhin y la del Elba, sus noches tristes, sus pipas encendidas, sus patriarcas y filósofos, sus bodegas de sagardua y de chacolí en vez del aguardiente de cerezas y la cerveza; ¿por qué no ha de tener también sus narraciones escébricas y originales?

Y nadie niegue que esta historia es verdadera, porque tengo en mi poder el manojito de papeles y la pipa de José Anton de Gusurandi.

RICARDO BECERRO Y BENGOA.

ACTUALIDADES.

La noticia comunicada por el telégrafo á toda España el domingo de Carnaval anunciando que el Sr. Ruiz Zorrilla se habia escapado milagrosamente de la muerte que unos asesinos le habian preparado, llenaria seguramente de indignacion y espanto á todas las personas honradas.

En Madrid produjo honda sensacion, y unánimes todos los hombres de bien condenaron tan inicuo atentado.

—Estas son las consecuencias, decia uno, de poner en libertad á los criminales.

—En otro tiempo, decia otro, estaban los caminos plagados de asesinos y ladrones; la Guardia civil fué á los caminos, y los bandidos se han refugiado en las capitales. Es necesario que venga la Guardia civil y que Madrid se considere para los efectos de la ley como un camino real.

Avidos todos de saber pormenores, buscamos los periódicos, y los periódicos nos dijeron:

1.º Que una persona habia dicho al Sr. Ruiz Zorrilla que si iba á una casa de la calle del Pez le informarian de algunos sucesos que arrojarían mucha luz sobre el crimen de la calle del Turco.

2.º Que el Sr. Ruiz Zorrilla fué á dicha casa con un su amigo y estuvo allí esperando las revelaciones desde las diez hasta las dos de la madrugada.

3.º Que á las dos salió á pie con su amigo particular y vió á un hombre adelantarse, lo que le obligó á exclamar: ¡Lo presentia: estamos vendidos!

4.º Que al pasar por delante de la calle de San Roque le dispararon dos trabucos, pasando las balas á 30 centímetros de S. E.

5.º Que el amigo del Sr. Ruiz Zorrilla persiguió á los asesinos, que eran dos, les hizo algunos disparos y se le perdieron los hombres y los disparos entre la sombra que habia en medio de los dos faroles de la calle.

6.º Que en el suelo halló el amigo un trabuco hecho de un fusil inglés.

7.º Que los asesinos no pudieron esca-

parse por la calle de la Luna por hallarse un sereno en la esquina, ni por la del Pez, por estar en ella el Sr. Ruiz Zorrilla, su amigo y los agentes de orden público que acudieron.

Vigilada la calle teatro del crimen, se aguardó á que amaneciese para dar comienzo al registro de la calle de San Roque, y en toda ella no se encontró más que á dos personas indocumentadas.

También fueron presas cuatro ó cinco personas más.

Hasta aquí las noticias de los periódicos. Pero las maliciosas insinuaciones de algunos de ellos, y las conversaciones privadas, han hecho creer á no pocos que todo ha sido una broma.

Mentira parece que hayamos llegado á un estado moral tan lamentable.

Y sin embargo, la maledicencia, atando cabos á su manera, y dando distintos significados á sus apreciaciones, se obstina en sospechar que es inverosímil en un hombre del talento del Sr. Ruiz Zorrilla que fuera á la cita que le dieron; que obró con ligereza al ir y volver á pie y á deshora; que no se concibe como en una calle tan corta pudieran escabullirse los asesinos; y por último, como para sacar por el hilo el ovillo, no ha sido presa la persona que incitó al ministro á ir á la calle del Pez.

Un chusco decía ayer en un círculo:

—Sin duda al pasar los dos amigos cerraron alguna puerta con fuerza, el ruido les pareció un trabucazo, el acompañante disparó su revolver, y hé aquí toda la historia.

Por más que quiero no puedo explicarme el objeto de esta farsa si lo fuera, y me inclino á creer que ha habido conato de asesinato, que tenemos que lamentar una iniquidad más, y que es preciso á toda costa hallar remedio á la perversion de costumbres que se ha desarrollado

La cuestión electoral absorbe la atención de los políticos. Cada cual trabaja por el triunfo, y puede asegurarse que las oposiciones están más unidas que los afectos al ministerio.

Lo que nadie se explica es el sostenimiento del estado de sitio en las Provincias Vascongadas y Navarra. Esto es inconcebible, y más aun que nadie, en ese suelo donde la honradez es tan grande como la energía, haya representado al gobierno lo anticonstitucional y lo injusto de semejante medida.

Los vascongados y navarros han debido ser los primeros en pedir justicia. El silencio, la calma, la mansedumbre con que los euskaros sufren su situación escepcional se presta á tristes comentarios. Lejos de nosotros la idea de estimularlos á la desobediencia; pero, ¿no hubieran podido enviar comisiones de notables del país á pedir justicia al gobierno? ¿No hubieran podido hacer algo para salir del estado angustioso en que se encuentran? ¿No han podido elevar una protesta reverente? Por

la libertad, que nace de la justicia, no hay sacrificio que no deba arrostrarse.

Doloroso sería que las pasiones políticas sumiesen en la decadencia moral en que yacen otras provincias á las cuatro euskarras, modelo de virtudes y de felicidad.

Una temperatura primaveral ha favorecido los breves días del imperio de la careta. Los paseos, llenos de gente, ofrecían un cuadro animado, y, sin embargo, pocos han sido los que se han disfrazado, y ninguno ha lucido su ingenio.

Digo que son pocos los que se han disfrazado, y no hay tal. En lujosas carretelas, alquiladas por 300 rs. cada tarde, iban familias modestas disfrazadas de familias opulentas.

Detrás de este homenaje al famoso *quiero y no puedo*, están: la abstinencia interior, las deudas, las humillaciones; pero, ¿qué importa? Bien merece estos sacrificios el placer de pasear en carretela por el Prado, para que los desconocidos le tomen á uno por un marqués ó un banquero, y para que los amigos saluden muy finos y se queden despues murmurando.

¡Miseria sociedad! Es necesario empezar de nuevo la educación de todas las clases.

Ha habido muchos bailes públicos y privados, mucha animación, muchos placeres.

Ahora entramos en el periodo de las meditaciones y los arrepentimientos.

En esta época va á decidirse la suerte de la patria.

¡Que Dios se apiade de nosotros!

J. NOMBELA.

HISTORIA DE UN MINUTO.

CONTADA

por Julio Nombela.

(Continuación)

Pero apenas le vió figuró que se iba por la puerta y se ocultó detrás de un grupo.

Viendo los municipales á Estéban correr de aquel modo, sin sombrero, con los cabellos erizados gritando:

—¡Coged á ese ladrón, coged á ese ladrón!

Le tomaron por un loco.

Lo primero que hicieron, como era natural, fué llevarle á la prevención.

Casilda se desmayó y hubo necesidad de que su amiga la condujera en un coche á su casa.

Así acabó la función del Ariel, precisamente al mismo tiempo en que, habiendo perdonado el Sr. Lara á Roque, salía este del Saladero, llegaba á su casa y sorprendía en amable coloquio á su costilla y al señor José el carbonero.

Afortunadamente llegó á tiempo.

La zapatera no había aun dado el sí que le exigía, y abrazando á su marido:

—¡Ay! qué felicidad que vengas, dijo.

Mira, no seas amigo de ese hombre. Se ha atrevido á.....

—Basta, exclamó el Sr. Roque; entre hombres de honor se arreglan estas cosas como yo sé. Salgamos.

—Antes, dijo el carbonero, págume Vd. los veinte duros que le presté hace un mes.

—No señor, primero tengo que beber su sangre de Vd.

—Lo que Vd. quiere es matarme para no pagarme luego.

—¿Cree Vd. eso? Pues bien, máchese Vd. En cuanto reuna ese dinero se lo daré á Vd. y luego nos veremos las caras.

Y desesperado porque aquel piquillo le había impedido lavar la mancha de su honra, dirigiéndose á su mujer:

—Vosotras teneis la culpa de todo, dijo, comprometeis á los hombres, los espondeis á que se pierdan, y..... Pero tú me las pagarás. ¡Toma, toma!

Y sacudió unos cuantos bofetones á su mitad.

Un tanto desahogado, acercándose al carbonero que refunfuñaba.

—Compadre, venga esa mano, le dijo; y no hablemos más del asunto.

Volvamos nuestros ojos á las personas más complicadas en el verdadero drama de esta novela.

XXVIII.

ENGAÑO Y DESENGAÑO.

El brigadier Iralde se presentó inmediatamente á la generala.

—¡Qué desgraciados somos! le dijo ella tendiéndole la mano.

—En efecto; he sabido el cambio de ministerio.

—Y lo peor es que con el nuevo ministro no tengo relaciones.

—No importa, estoy resuelto á confesar la verdad.

—¿Está Vd. loco?

—No; pero la desesperación se ha apoderado de mi alma.

—Explíquese Vd.

—Mi hijo cree que su padre ha muerto; el marqués del Romeral, su abuelo, le ha hecho donación de su fortuna, es dichoso, y yo no puedo revelar que soy su padre, porque ante todo es mi deber, y si se confirma la sentencia de ese desgraciado, tengo que presentarme á los tribunales, declarar la verdad, salvarle y morir si es preciso en el cadalso. Ya ve Vd., generala, que no puedo dar á mi hijo un nombre deshonoroso.

—Es cierto; pero ya encontraremos algún medio.

—No hay ninguno.

—Yo le hallaré. ¿Piensa el marqués venir á Madrid?

—Creo que sí.

—Pues bien; déjelo Vd. todo á mi cargo. El no se habrá olvidado de que cuando permaneció emigrado en Francia por ser afrancesado, mi padre recogió sus intereses y se los entregó en un estado floreciente al volver.

—No le pida Vd. gracia para mí.

—Ya sabe Vd. que las mujeres solemos tener buenas inspiraciones. Hágame usted el favor de no hacer nada sin consultarlo conmigo, de obedecerme en todo y por todo.

—Yo tengo que pagar una deuda de gratitud. Hace veintiseis años que vengo día por día administrando una fortuna con la esperanza de repartirla entre mi hijo y la hija de mi noble servidor. Mi deseo ha sido siempre pedir á mi hijo, en cambio de todos los sacrificios que he hecho por él, la felicidad de Rosa.

—Noble y generosa idea, dijo la generala. Hemos coincidido en pensamientos. Despues de conocer á esa jóven, me ha inspirado el más vivo interés su felicidad.

—Pero estos planes van á quedar destruidos. Jorge es hoy rico, y no me debe sus riquezas; es feliz, y no me debe su felicidad. Se olvidará de su compañera de la infancia, y ya que no pueda asegurar su felicidad de otro modo, quiero salvar á su padre; quiero proporcionarle la dicha de que le estreche en sus brazos, y ya vé Vd. que es justo que arranque á un inocente del poder de la justicia para entregar al verdadero culpable.

—Estamos conformes; pero me ha prometido Vd. obedecerme en todo y por todo.

—Obedeceré.

El brigadier fué á casa de Rosa, y no la reconoció.

La jóven se habia desfigurado en pocos dias de una manera espantosa.

Habia sufrido tanto, que se habia visto obligada á guardar cama algunos dias, y por esta circunstancia no habia hecho uso de la carta que le habia dado Manuel para el alcaide de la cárcel.

Esta carta habia dado, sin embargo, lugar á un episodio que no quiero dejar en el tintero.

Habia pasado mucho tiempo sin que el Sr. de Lara enviase recado alguno.

—Es necesario ver al Sr. Mariano, dijo la abuela de Rosa.

La jóven, obedeciendo á un mismo tiempo á un deseo egoista y á un sentimiento caritativo, habló á su abuela de la carta que tenia para ver al alcaide, y le rogó que la llevase en persona.

Habia visto la llave puesta en el baul, y queria continuar sus pesquisas.

Desgraciadamente, su abuela se la llevó y no pudo realizar sus deseos.

Apénas llegó la pobre anciana á la habitacion del alcaide y le entregó la carta, la miró el funcionario y contuvo una sonrisa.

—Ahora me es imposible, la dijo, complacer á Vd.; pero tengo encargo de la persona que le ha dado á Vd. esta carta para decirle que pase por su casa.

—¿Y dónde vive? preguntó la anciana.

El alcaide le dió las señas.

Enterado el vizconde de Castilla de que Manuel, al pedirle la carta, iba á favorecer á una jóven bella á quien perseguia, pensó que no le vendria mal conocer á aquella deidad, por si merecia la pena de hacerle

la córte, y envió el recado que hemos oido dar á la anciana.

Esta, con la mejor buena fé, se encaminó á casa del vizconde.

—Indíquele Vd., dijo al ayuda de cámara, que aquí está la persona á quien se ha servido dar una carta de recomendacion para el alcaide del Saladero.

—Que pase, que pase, respondió el vizconde.

Y estuvo diez minutos acicalándose para producir buen efecto en la deidad.

El desenlace de este episodio lo comprenden mis lectores.

Al ver á la anciana:

—Señora, Vd. viene equivocada, le dijo; yo no tengo nada que ver con Vd.

Y la despidió, reservándose descargar su mal humor sobre el cochero de la marquesa de Valle-Oscuro.

El resultado fué que la abuela de Rosa no pudo ver al preso.

La enfermedad de su nieta le obligó á permanecer á su lado, y cuando llegó Iraldez las dos estaban sumamente afligidas.

Su entrevista fué breve.

—He ofrecido hacerte feliz, dijo á Rosa, y cumpliré mi palabra, no lo dudes.

Una esperanza sonrió á la jóven, porque adivinaba el sentido de las palabras del brigadier.

El tiempo que habia vivido ausente de Jorge la habia hecho comprender que le amaba con delirio.

Pero no se habia hecho ilusiones, y sabia que aquel amor era imposible.

Por eso deseaba la muerte.

Al dia siguiente de la llegada del brigadier circuló en los salones de Madrid una noticia, que con la mayor piedad propagaban sus amigos.

—¿Ustedes saben lo que pasa? preguntó uno.

—No; ¿qué sucede?

—Una estraña aventura.

—Hable Vd.

—La hija de la marquesa de Valle-Oscuro se ha escapado á Paris con su cochero.

—No puede ser; una jóven tan timorata, tan....

—El pícaro la ha seducido.

—Vá á tener su madre que casarla con él.

—Eso no; lo primero es la dignidad, el honor.

—¡Pobre muchacha!

El hecho era desgraciadamente cierto.

Manuel habia llevado á cabo su plan, y habiendo sabido de antemano el dia que la marquesa de Valle-Oscuro se proponia visitar á la duquesa de Alaminos, se fué con la hija á la estacion del ferro-carril del Mediodia, despues de haber inspirado con su novelesca carta cierta curiosidad á la jóven, engañándola, asegurándole que se unirian en el primer pueblo, y que luego volverian á pedir perdon á su mamá, pudo llevarla hasta un wagon, y partieron.

La marquesa dió parte á las autoridades,

é hizo las mayores diligencias para encontrar á su hija con el cochero.

No contenta aún, se puso en camino con D. Onofre, y al dia siguiente, cuando llegó el marqués de Romeral con Jorge, supo el anciano lo que pasaba, y se abstuvo de hablar á su nieto del enlace que proyectaba para él.

Al verse en Madrid, Jorge pensó á un mismo tiempo en Rosa y en Hortensia.

Su corazón le llevaba á la calle de Lavapiés.

Su amor propio ofendido á la calle del Desengaño.

Su amor propio venció.

Entró resueltamente en casa de Hortensia, y la primera persona que encontró en la puerta fué doña Mercedes.

—¡Hola, amigo mio! le dijo. ¿Vd. por aquí?

—Sí, señora.

—¿No sabe Vd. lo que pasa?

—Si Vd. no me lo dice...

—Una gran desgracia.

—¿A Vd.?

—Sí, señor.

—¿Se le ha muerto su esposo?

—No, señor.

—¿Pues qué es ello?

—La marquesa de Valle-Oscuro...

—Pero ¿qué sucede?

—Cuando digo yo que los hombres son unos infames... Hace pocos dias tomó un cochero.

—¿Y le ha robado?

—No.

—¿Ha hecho que vuelque el carruaje?

—Tampoco.

—¿Pues qué ha hecho?

—Se ha escapado con la señorita Hortensia.

—No es posible.

—Sí, señor; y la marquesa ha ido detrás de ellos.

—¿Cuándo fué eso?

—Ayer; y el caso es que ellos debieron escaparse á las tres, precisamente al mismo tiempo que mi marido...

—¿Se ha escapado tambien su marido de usted?

—No quiero decir eso. Precisamente al mismo tiempo que mi marido iba á despedir á un amigo suyo, y yo no sé lo que habrá pasado, pero no ha vuelto.

Jorge no quiso oír más.

Subió al cuarto principal, llamó á los criados, confirmaron las noticias que le habia dado doña Mercedes, y en el colmo de la desesperacion volvió á su casa.

Pero antes de llegar encontró al brigadier Iraldez.

XXIX.

REVELACIONES.

Antes de oír lo que hablaron Jorge y el brigadier vamos á asistir á una escena que tuvo lugar en el despacho del Sr. de Lara.

La generala le habia hablado para estimularle á que buscara un medio de salvar al Sr. Mariano.

—No hay más que uno, y para eso, problemático, contestó el abogado.

—¿Qué medio es ese?

—¿Vd. conoce á fondo la historia del acusado?

—Creo que sí.

—Pues bien; ya sabrá Vd. que él, que se presentó á la justicia como asesino y ladrón, logró evadirse el día de la degollación de los frailes y marcharse al extranjero. Al volver trajo un pasaporte que fué el que le sirvió para identificar su persona, y entonces se presentó con otro nombre. Pero un enemigo suyo, á quien salvó la vida en aquel terrible día, le reconoció y le delató. Al pronto en el primer interrogatorio que sufrió despues de ser aprisionado, hizo algunas declaraciones que podian perjudicarlo. Pero apenas me encargué yo de la defensa, conocí á fondo su inocencia y los motivos que tenia para interesar en su favor á la justicia, de la que he logrado que se le admitan las pruebas necesarias para demostrar que él no es la persona á quien en rebeldía por haberse fugado habian condenado á muerte los tribunales. Su enemigo hizo una declaración en toda regla, y hasta con juramento de que él acusado que se nombraba Mariano no era otro que Juan, el condenado á muerte por el asesinato y robo cometido en la persona del primo del marqués del Romeral. El único medio, añadió, que tenemos es el de buscar al delator, ver á qué escitaciones obedece, y obtener de él una declaración manifestando que tiene motivos para suponer que se ha equivocado. Esto, como Vd. comprende, es difícil y acaso de muy poco efecto. Si viviera el marqués del Romeral, podria hacerse otra cosa.

—Vive, exclamó la generala, vive, y acaba de llegar á Madrid.

—¡Oh! en ese caso si fuera hombre de corazon y quisiera salvar la vida de ese desgraciado.....

—¿Qué podria hacer?

—¿Vd. le conoce?

—Sí.

—¿Le ha hablado Vd. algo del asunto?

—Le he hablado al alma, y está dispuesto á hacer todo género de sacrificios.

—¿Puede Vd. darme una carta de presentación para él?

—En seguida.

—En ese caso iré á verle y le diré á usted el resultado de nuestra entrevista.

La generala escribió algunas líneas en un papel, indicando al marqués cuál era el objeto de la visita del Sr. de Lara.

El abogado fué con la carta á verle, no le halló en casa, y se la dejó con una tarjeta.

Apenas llegó el marqués, volvió á salir y se encaminó al estudio del abogado.

Despues del natural preámbulo, que adivinan mis lectores:

—Estoy resuelto, dijo el marqués, á salvar á ese desgraciado y á perdonar á Iraldez todo, hasta la muerte de mi hija.

Pusieron de acuerdo el Sr. de Lara y el marqués, y el primero fué á anunciar á

la marquesa la resolución que habian tomado.

Mientras que de esta suerte se ocupaban los amigos de Iraldez en resolver el problema de su angustiosa situación, él habia cumplido el último deber, y satisfecho, aceptaba con resignación el fin que le estuviera reservado.

Jorge, que ignoraba los íntimos lazos que le ligaban con él, pero que le consideraba como un buen amigo de la familia en cuyo seno habia pasado la niñez y la juventud, le abrió su corazón.

—Desde que no nos vemos, le dijo, me han pasado muchas cosas; unas buenas y otras malas.

Acto continuo le refirió las circunstancias que le habian facilitado el descubrimiento de su origen, la fortuna que habia alcanzado con el perdón del padre de su madre, y al llegar al capítulo de las desventuras, contó á Iraldez el último desengaño que acababa de recibir.

—Amaba á una mujer, creia en un juramento de amor, he hecho los mayores sacrificios por merecerla, y al llegar á brindarle mi fortuna, he sabido con honda pena que, olvidando sus deberes, desentendiéndose de todas las consideraciones sociales, ha huido con un miserable criado de su casa.

—Consuélese Vd., le dijo Iraldez, procurando ocultar su emoción; esa mujer no era digna de Vd., y acaso hay otra que merece con más motivo su gratitud y su amor.

Puede ser que no volvamos á vernos, porque voy á partir muy en breve.

—¿Le pasa á Vd. algo? Está Vd. conmovido.

—No, no es nada: tengo un alto deber que cumplir. Yo me alejaré de la corte; por lo mismo, conociendo su buen corazón de Vd., quiero revelarles un secreto que tal vez le guie por el camino de su verdadera felicidad.

—¿Hable Vd., por Dios!

—¿Sabe Vd. ya su origen?

—Sí.

—Lo que no sabe Vd. quizá es que el autor de sus días no le hizo desgraciado por su culpa.

—¿Cómo! ¿está Vd. enterado?

—Me permitirá Vd. que no le revele este secreto. Pero el hecho es que su padre de Vd. hubiera llamado esposa á la que le dió el ser, si la fatalidad no se lo hubiera impedido. Su padre, el marqués de Romeral, creyó, como la marquesa de Valle-Oscuro, que no tenia el pretendiente de su hija una posición digna de ella, y le despreció. Pero ella le amaba, ella se habia unido ante Dios con él, y estaba resuelta á seguirle, á sacrificarlo todo á su amor. En aquellas circunstancias, un hombre rico, emparentado con la familia del marqués, aspiró á la mano de su hija, quiso oponerse á la fuga que proyectaron los que ya eran esposos ante Dios, y en un arrebato le mató su padre de Vd.

Jorge oia con el mayor interés aquel relato.

—¿Y fué preso, tal vez? preguntó; ¿fué conducido ante los tribunales, juzgado y sentenciado á muerte por la ley?

—No; su padre de Vd. tenia un criado modelo de lealtad y abnegación. Cuando asustado de su propia obra huyó, el criado, despues de sacar de uno de los bolsillos del odioso rival el dinero que llevaba, se presentó á la justicia diciendo que él era el ladrón y el asesino. De esta manera salvó á su padre de Vd.

—¿Y quién fué ese hombre? ¿vive? ¿Murió tal vez? ¡oh! ha hecho Vd. bien en revelarme esa historia, porque ha despertado Vd. en mi alma un sentimiento de gratitud que no se satisfará hasta colmar de beneficios á ese hombre.

—No sé si ha muerto, ó si aun vive, añadió Iraldez; lo único que puedo decir á usted es que tiene una hija; que esa hija sería la más feliz de las mujeres si Vd. la amase.

—¡Oh! ¡por piedad; su nombre!

—¿No adivina Vd.? ¿Quién ha sido su compañera de la infancia? ¿Quién ha sido su hermana?

—¿Rosa?

—Ella, sí; ella, que ha abrigado desde los primeros momentos de su vida la esperanza de conseguir el amor del compañero de su niñez; ella, que por sus virtudes, por su belleza, por su alma angelical, vale más que todas las mujeres del mundo. Despues de hacer á Vd. esta revelación, sin desear que influyan en su alma las palabras que acabo de pronunciar, me despido de Vd. para siempre.

Al decir esto no pudo contener las lágrimas.

Y temeroso de despertar sospechas en Jorge, se apresuró á separarse de su lado.

Jorge anduvo maquinalmente algunos pasos.

(Se continuará.)

Llamamos la atención de nuestros lectores sobre el prospecto de la novela *Pepe-Hillo, Memorias de la España de Pan y Toros*, que reproducimos en la siguiente página.

ADVERTENCIA.

Hemos dirigido una circular á todos los señores suscritores que adeudan el importe de uno ó más trimestres. Como el objeto que nos proponemos es tener al corriente las cuentas de la administración, les suplicamos que nos ayuden á realizar este deseo.

MADRID.—1871.

Imprenta á cargo de M. G. Hernandez, calle de San Miguel, 23.

PEPE-HILLO,

MEMORIAS

DE LA ESPAÑA DE PAN Y TOROS,

POR

JULIO NOMBELA.

Creemos que el mejor prospecto es la reproduccion de la carta que el autor de esta obra se ha servido dirigirnos al aceptar la invitacion que le hemos hecho, deseosos de ofrecer á nuestros lectores un libro del novelista que hoy está más en boga en España y América.

Dice así:

«SEÑORES D. JOSÉ CASTRO Y COMPAÑÍA:

«Quiéren Vd., mis estimados amigos, que les escriba una novela, y me dejan la eleccion del asunto. Hace pocas noches que, escitada mi curiosidad por el éxito de la zarzuela *Pepe-Hillo*, fui á verla. Confieso que aquella coleccion de cuadros de la España de 1800, de la España de Pan y Toros, trajo á mi memoria la desdichada Francia de 1870, la Francia del escepticismo y el can-can. Acababan de anunciar los periódicos la capitulacion de Metz, y yo pensé en mi patria, cuando en una situacion análoga, abandonada de su Rey, huérfana de gobierno, respondiendo al grito de independencia, humilló al coloso de Europa y escribió en las páginas de su historia los nombres de GERONA y ZARAGOZA, del DOS DE MAYO y de BAILÉN. Entonces el pueblo era ignorante, fanático, pero la religion, la patria y el Rey le convertian en héroe; hoy sigue siendo ignorante porque no han podido detenerse á enseñarle los que se han encumbrado sobre sus hombros; pero en cambio es despreocupado, hace gala de irreverencia, y dice que la patria es el estómago.

«Aquel pueblo supo olvidarlo todo por la independencia, é hizo de sus andrajos banderas victoriosas; para hallar algo verdaderamente español hay que buscarlo entre los escombros de aquella época en que *Pepe-Hillo*, el famoso torero, era la sintesis del pueblo.

«Nosotros hemos progresado, y en el viaje hemos perdido las tradiciones y las costumbres; y, sin embargo, por mi parte prefero al lascivo can-can, que enerva, la terrible lid taurina, que exalta. El can-can es el temperamento linfático: los toros son el temperamento sanguíneo.

«Yo he clamado contra este espectáculo, y sin embargo, hoy, en diciembre de 1870, cuando veo que *la España se va*, no puedo menos de confesar que es el único lazo que existe entre los españoles. Contadles la historia de los grandes diestros; reunid en un libro las dramáticas peripecias de la lid; evocad ante ellos todos los episodios de la historia taurina; llevadlos á una corrida; juntad á los aficionados en cualquier parte, y el demócrata y el absolutista, el progresista y el moderado, el ateo y el creyente, los que en un colegio electoral se despedazarian aparecerán unidos; compactos, fraternizarán; y es que..... ¡triste es decirlo! los toros es lo único español que ha quedado en España.

«Nunca es más importante que ahora el recuerdo de la España de 1800: ninguna figura más simpática, para los que tienen cariño á aquel pasado, que la de *Pepe-Hillo*.

«Si Vds. quieren, trazaré el animado cuadro de aquella época, del que tan admirables modelos ha dejado D. Ramon de la Cruz en sus sainetes, las costumbres de la manolera, de la aristocracia, de las comunidades; pintaré las virtudes y los vicios, las grandezas y las miserias de aquella generacion; reuniré todo lo que constituye la historia pintoresca y dramática del toreo, y enlazando con la vida de *Pepe-Hillo* todos los rasgos característicos de su época, podrán ver los españoles que hoy se embriagan con el can-can quienes eran los españoles que, segun la frase vulgar, empeñaban hasta la camisa por ir á los toros; los españoles que nos legaron las páginas gloriosas de la Independencia.

«También servirá mi libro de recuerdo, si al fin las circunstancias nos obligan á perder por completo las costumbres españolas. Si mi plan les agrada, deberá el público esta obra, *verdaderamente española*, al autor de la zarzuela, mi amigo Puente y Brañas, que me ha inspirado este propósito, y á Vds. que lo acogen.

«De Vds. siempre afectísimo amigo.—JULIO NOMBELA.»

Por nuestra parte aceptamos el pensamiento, y hemos rogado al distinguido escritor que nos favorece con su trabajo, que no olvide un solo detalle de cuantos constituyen, por decirlo así, *la historia anecdótica* del arte en que, lo mismo Romero y Montes que Costillares y Pepe-Hillo, dejaron memoria entre los españoles de pura raza. No creemos, pues, ofrecer lectura más interesante, más amena, y sobre todo de más oportunidad, hoy que parece España próxima á sufrir una radical trasformacion. Podemos añadir que hemos encomendado los dibujos y grabados con que nos proponemos ilustrar esta obra á los reputados artistas Sres. Múgica, Mencía, Severini y Machon.

Solo nos resta indicar las fabulosas

CONDICIONES DE LA PUBLICACION.

A pesar de que la presente obra reunirá todas las cualidades que el público pueda apetecer, mejoraremos las condiciones que hasta el dia teniamos establecidas. Es una obra que podrá llamarse edicion de lujo, y sin embargo, su precio será el de un OCTAVO DE REAL, ó sea próximamente

UN CUARTO cada entrega en toda España.

Se repartirá con la mayor puntualidad un cuaderno semanal, que contendrá ocho entregas. Cada entrega constará de ocho grandes páginas; de modo que, por

solo UN REAL cada semana,

los señores suscritores recibirán un cuaderno de 64 páginas, con mayor lectura que los que nosotros hemos publicado á 2 rs.

LÁMINAS. Se repartirán estas siempre que lo requiera el interés de los asuntos de la obra: únicamente el reparto que lleve lámina contendrá 48 páginas de lectura, y 64 todos los que vayan sin ella. Cada cuaderno llevará su bonita cubierta.

Toda la obra constará próximamente de cuarenta cuadernos, y los que excedan de este número serán

GRATIS A LOS SEÑORES SUSCRITORES.

Dispuestos á introducir en esta obra todas las mejoras que se conocen hasta el dia en el ramo de publicaciones, daremos también los siguientes

REGALOS A LOS SUSCRITORES.

Con la primera entrega recibirán provisionalmente los señores suscritores, gratis, y sin que por ello tengan que hacer adelanto de ninguna especie, un billete con un número que deberán conservar en su poder. Este número, que equivaldrá á la décima parte del billete, les dará opcion á los siguientes regalos:

1.º El billete cuyo número sea igual al que obtenga el premio mayor de una de las extracciones de la *lotería moderna* que tengan lugar al final de la obra, tendrá derecho á un regalo, consistente en

DIEZ MIL REALES EN METALICO.

2.º Treinta regalos de á

TRES MIL REALES CADA UNO,

que se distribuirán entre los billetes cuyo número termine con las tres cifras iguales á las que formen la terminacion del premio mayor de la misma extraccion: distribuidos de esta manera, los agraciados en esta publicacion serán *trescientos diez*.

Los señores suscritores á quienes quepa la suerte de obtener alguno de los regalos más arriba indicados, los recibirán inmediatamente en estas oficinas.

Con la debida anticipacion, y en la cubierta del último reparto, anunciaremos á los señores suscritores el dia fijo de la extraccion de la lotería cuyo sorteo ha de servir para la distribucion de nuestros regalos.

Del exacto cumplimiento de lo que hoy ofrecemos nada tenemos que decir; el público sabe muy bien que esta casa cumple lo que ofrece, porque no es la primera ocasion en que ha probado la verdad de sus ofrecimientos.

PUNTOS DE SUSCRICION. En Madrid.—Dirigiéndose á los editores D. J. Castro y Compañía, plaza de la Cebada, núm. 11, y en las librerías de Cuesta, Lopez, Escribano y Durán.

En Provincias.—En casa de los corresponsales del establecimiento.